



### EL DESTIERRO Y LA INDUSTRIA.

**C**UALESQUIERA que sean el rango y la fortuna de vuestras familias, jamás trateis con desden á los hombres que ejercen profesiones laboriosas, porque esos hombres son útiles, y todo lo que es útil debe estimarse. ¿Qué sería de nosotros si no hubiese ni labradores, ni albañiles, ni ebanistas, ni herreros, ni zapateros, ni sastres, ni ninguno de esos jornaleros, cuyo trabajo suple á nuestra molicie, proporcionándonos todos los artículos de primera necesidad? Y debe observarse tambien que algunos de esos hombres desplagan en su industria tal inteligencia, y aun podríamos decir genio, que casi elevan el arte mecánica á la dignidad y brillo del arte liberal, y coloca al artesano casi en la misma línea que al artista. Y por otra parte, aunque un oficio no tuviese

otra ventaja que hacer vivir honradamente á una familia desprovista de medios de fortuna, el que la ejerce, ¿no tendria derechos muy legítimos á la consideracion de los demás? Acordaos de esta máxima; un pícaro puede deshonorar el estado mas brillante, pero jamás deshonor á un hombre de bien el estado mas modesto, pudiendo ser á todos muy útil su arte manual.

De resultas de los sucesos políticos de 1823, se habia refugiado una familia, de posibles en otro tiempo, á una habitacion aislada en medio de los Pirineos. Ninguno de los fugitivos se atrevia á presentarse en público, y aunque les faltaban muchas cosas necesarias, no bajaban al pueblo inmediato por temor de despertar sospechas. Entre otros objetos de que se veian privados, citaremos los zapatos, cosa ciertamente muy indispensable, sobre todo en un pais lleno de rocas y piedras. Toda la familia estaba descalza, y al jefe de ella se le ocurrió deshacer un zapato viejo, examinando con atencion su estructura; luego se decidió á hacer zapatos con pieles de cabrito, consiguiéndolo á fuerza de aplicacion y destreza. Un hijo suyo de tierna edad carecia de juguetes, y el padre le hizo un carrito muy elegante, tirado por un caballo, tambien de madera, de suerte que se convirtió á un mismo tiempo en artista y artesano, para subvenir á las necesidades de su familia.

Peró todo cuanto acabamos de deciros, amables lectores, era para traer la historia siguiente, á cuyo héroe hemos tratado nosotros.

Lorenzo Rosira solo tenia trece años cuando sus padres emigraron con él, retirándose á un puertecillo de Alemania, cuya vista vá al frente de este número. Secuestrados sus bienes, únicamente quedó al conde de Rosira el dinero que habia podido llevar consigo, y con el cual podria mantenerse la familia unos dos años. La educacion de Lorenzo, que habia empezado muy bien, tuvo que suspenderse; pero su padre se dedicó á enseñarle lo que sabia, y él se prestó de muy buena gana á semejante ocupacion.



Siendo ya, como era, un chico de razon, comprendió la situacion de sus padres, cuyos recursos estaban á punto de concluirse, y se dijo á sí mismo: «las pesadumbres han alterado la salud de mi padre, y no podrá trabajar; á mí me toca pues mantener á mi padre y á mi madre; pero para esto no puedo contar ni con el latin, ni con la historia, ni con la geografia y las matemáticas que he aprendido, porque aquí hay muchos que sepan mas que yo. No, es preciso encontrar recursos en mis brazos é industria: si soy hijo del conde de Rosira, mas digno seré de llevar este nombre si logro mantener á mi familia con mi trabajo.»

Así pensó Lorenzo, y como al lado de la casa que ocupaban sus padres hubiese un taller de ebanista, y éste tuviera un hijo de alguna mas edad que Lorenzo, el chico de Rosira le hizo un dia varias preguntas acerca de su estado, diciéndole que le serían muy útiles algunas nociones de geometría, y ofreciéndole darle lecciones con tal que él le enseñase á manejar la sierra, el cepillo y el escoplo. Convenidos de este modo, nuestros dos mancebos empezaron á comunicarse su saber, y como Lorenzo era sumamente hábil, no tardó en serlo mas que su maestro. Admirado el ebanista, le dijo un dia examinando una obra suya: «es lástima que no trabaje V. sino por diversion, pues si quisiera V. trabajar para mí, pagaría muy bien á un mozo de tanto provecho.»

Lorenzo se alegró en gran manera al oir estas palabras, pero no se atrevió á responder sin consultar á su padre. Este, que era hombre de talento, despues de reflexionar algun tiempo, dijo: «de dos cosas una; ó estoy arruinado para siempre, y entonces no debo impedir á mi hijo que ejerza una profesion que asegurará su existencia, ó debo recobrar algun dia mi herencia, en cuyo caso será para Lorenzo una esperiencia útil haber vivido algun tiempo con su trabajo.»

Dióle pues permiso para que admitiese las ofertas del ebanista, á condicion, sin embargo, de que no aban-

donaría enteramente sus estudios, y de tal manera se portó nuestro oficial de artesano, que se fué aumentando el precio de su jornal, y mantenía á sus padres con suma decencia. Tenia gusto, inteligencia é ideas, y perfeccionaba la forma, la composicion y la elegancia de sus muebles, de suerte que el taller cobró extraordinaria fama.

Tres años habian transcurrido de este modo, cuando el príncipe reinante pasó un dia por delante del almacén, y le llamó la atencion la forma elegantísima de un costurero expuesto al público. Entra para examinarle de mas cerca, y Lorenzo se apresura á darle detalles. «¿Quién ha hecho esto?» dijo el príncipe encantado, y el ebanista le contestó que el jóven español que estaba presente. «Compro este mueble», prosiguió el príncipe, y cogiendo un libro que se hallaba sobre una consola, preguntó quién leia á Horacio en aquel taller. «El jóven español, respondió el ebanista con cierto orgullo; y ha enseñado geometría á mi hijo.» El príncipe miró á Lorenzo con atencion, y le dijo: «jóven, esto es muy extraño, y espero me dirás quien eres.»— Monseñor, me llamo Lorenzo, y soy hijo de un emigrado español.— No te pregunto mas. Amigo mio, continuó el príncipe dirigiéndose al ebanista, si quieres asociar este jóven á tus ganancias, encárgate en amueblar mi palacio de S. Wendel.»

A poco corrió la voz de esta escena, y se hicieron muchos pedidos al ebanista, de suerte que se acreditó el almacén extraordinariamente, y los dos socios llegaron á reunir una fortuna de consideracion.

¿Qué mas os diremos? el conde de Rosira se halla hoy en España con su familia. Lorenzo está casado, y es padre de familia, habiendo donado á los establecimientos de beneficencia mucha parte de las ganancias que realizó con su oficio de ebanista. En cuanto á vosotros, estamos seguros de que no mirareis con desden á los hombres que ejercen profesiones laboriosas.



## LOS PESCADORES DE LA COSTA ORIENTAL DE ESCOCIA.

*(Véase nuestro anterior número.)*

Para aquellos hombres sencillos é ignorantes, todo lo encierra un nombre, desde un asiento en las cámaras hasta un humilde puesto de maestro de escuela en una aldea. El habitante de Roddam, que luego que llega la noche se atreve á ir á Peterhead, es un mozo muy valiente, y los jóvenes de la parroquia de Rathem, donde está enclavado Inverralochies, se entregan á la siguiente diversion, porque no son tan supersticiosos.

Cuando ven llegar una bandada de mujeres de pescadores, hacen con un baston, y en medio del camino, una raya, y colocándose á ambos lados, entonan cánticos llenos de siniestros presagios. Al punto se esparcen las pobres mujeres por las campiñas inmediatas, y prefieren tener que saltar los setos y matorrales, á pasar por la fatal raya. Hé aquí las palabras crueles con que las persiguen los malignos chuscos: «la primera vez que tu padre, ó tu hijo, ó tu esposo vaya al mar, se le pondrá su barca por montera!»

Los pescadores tienen en gran veneracion á los idiotas, y diciendo yo á la viuda de un pescador cómo no me hablaba de otro hijo que tenia, me respondió: «es un pobre chico, cuyo espíritu está en el cielo, y no hay que inquietarse por él, pues es el ungido del Señor.»

Acerca de la muerte tienen ideas supersticiosas y sombrías, siendo una creencia admitida, que cuando un enfermo se halla próximo á su fin, sale de su casa á eso de media noche una luz misteriosa llevada por invisibles manos, y atravesando los aires va á detenerse en el sitio donde por la mañana habrá que abrir la fosa para enterrarle.

Constantemente andan á caza de apodos, y como todos descenden de un corto número de antepasados que les son comunes, á lo cual se agrega que desde tiempo inmemorial no se han mezclado con los demás

habitantes de la tierra baja, muchas veces se conocen los vecinos todos de una aldea con dos ó tres sobrenombres. Así es que en Burkie hay veinte y cinco Jorge el Vaquero, y cuando apuntan los tenderos en sus libros el nombre de sus parroquianos, tienen cuidado de hacer mencion del apodo con que se distinguen, soliendo tambien escribir junto al nombre de un casado el de su esposa.

Hay aldeas en que el verdadero nombre de los vecinos solo sirve para llenar los requisitos de la ley, pues solo está en uso en ellas el mote, de suerte que los libros de los tenderos contienen una coleccion divertida de apodos, como por ejemplo: el Mico, la Hermosura, Orejas-Grandes, la Fanfarrona, Talon-Alto, el Rey, el Preboste, la Roca, el Huron, la Gallineta, Despavilladeras, el Espino, el Diente, la Urca, el Oso, etc.

Cuéntase que un extranjero que fué á buscar á Bucham un pescador llamado Sauny White, desgraciadamente no sabia su apodo ni podia dar la menor noticia de su casa. Habia en la aldea muchos Sauny White, y nuestro hombre se dirigió á una jóven á quien encontró al paso. «¿Pregunta V., le respondió, por Sauny White? ¿es Sauny White el Ladron? ó Sauny White el Puerco? ó Sauny White el Largo? ó Sauny White el Alegre? ó Sauny White el Hinchado?» Entre tantos Sauny White, el extranjero tuvo que visitarlos á todos para encontrar al que buscaba.

Se cita tambien la historia de un cartero, que acostumbrado áirse llamar el Rabi-Largo, tan completamente habia olvidado su nombre propio, que paseó por toda la aldea una carta dirigida á él mismo, preguntando por el sugeto á quien podria ir destinada dicha carta.

La vida laboriosa y constantemente ocupada de las mujeres de los pescadores, ejerce sobre la moral saludable influjo. Nunca pierden el tiempo en murmurar, ni en chismes de comadre, siendo otra circunstancia feliz la estrecha union de las familias. Los diversos miem-



bro que componen cada una de ellas, habitan un mismo techo, participando de unas mismas diversiones y unos mismos trabajos.

Los hombres se ejercitan en la pesca, y las mujeres ó en cultivar la tierra, ó en los quehaceres domésticos, siendo un estudio curioso el de los arenques, los salmones y otras muchas especies de pescados que ponen en actividad la industria de la pesca. Los arenques son caprichosos, y no siempre frecuentan unos mismos parajes, pues algunas veces abandonan una costa por años enteros, y después vuelven á ella en tal abundancia, que el agua aparece enteramente negra. Por lo regular les persiguen manadas de cetáceos, ballenas, etc., mientras los cuervos marinos y las paviotas se agitan en el aire, chillando, palpitando, describiendo multitud de círculos, y rozando en su rápido vuelo la superficie del mar, de suerte que parece está llena de pájaros y pescados.

Si la estacion es mala, los pescadores mas timoratos no tienen escrúpulo en salir á la mar aún en la noche del domingo, y los de Buckie dan algunas veces un baile para celebrar una pesca afortunada, sirviendo muchas veces de local una era. Acalorados por la cerveza, el *whiski*, los sonidos de la música y las sonrisas de sus *partners*, los bailarines se entregan á las cabriolas y zarandeos mas fantásticos, golpeando los pies uno contra otro, dando chasquidos con los dedos, y animándose con un grito inimitable, del cual no es posible dar una idea exacta, y que se pronuncia así como *wuhugh!* Qué diferencia entre esos brincos desarreglados y los bailes que extasían á los pescadores españoles en las tabernas, donde reina la sobriedad y el contento, por mas que lo primero parezca extraño! El hombre mas pobre en España tiene á gala saber bailar á compás el *fandango*, la *jota*, las *habas verdes* ú otro cualquier baile característico, conservando de este modo la reputacion nacional.

S. D.

## TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

## CONTINÚA LA TERCERA PARTE.

## V.

**Mi estada en el tonel.—Un vecino incómodo.**

Aun me faltaba el rabo por desollar. Ciertamente era algo, ya era mucho haber salido bien de mi osada tentativa, gracias á la cual me veía en alta mar y bogando incógnito hácia el objeto que tanto ansiaba alcanzar: pero lo mas difícil, lo que mas inquieto me traía era si podría ó no salir de la situacion equívoca bajo todos conceptos en que me hallaba.

Las frecuentes visitas que hacían á la bodega los marineros, no me permitían examinar lo que pasaba fuera de mi tonel.

Así es que me ví obligado á esperar la noche, y luego que llegó me arriesgué á salir de mi molesto escondite, con el objeto de mover mis entumecidos miembros, y merodear en los contornos, pues era preciso vivir. Por fortuna los marineros iban á menudo á comer cerca de mi albergue, y pocas veces dejé de encontrar algunos restos de sus manjares, llegando al extremo de disputar las migajas de pan á los ratones mis vecinos.

Sabido es que yo vivía en un tonel de doble fondo: ya verán VV. como no era yo el único que me rebullía entre aquellas doce tablas, y hé aquí como lo supe.

El famoso queso se había derretido completamente, por lo cual quedé siendo el dueño absoluto de toda la habitación, y me instalé con mayor holgura en mi circuito de algunos pies. Una noche en que me hallaba medio dormido, recostado y con la cabeza apoyada en la



separación del tonel, oí un gruñido al otro lado del tabique; luego sentí sobre mis cabellos unas veces y otras sobre el espinazo una cosa que parecía como las garras de un animal.

El espanto se apoderó de mí, y creí tendría que habérmelas nada menos que con el mismo Lucifer.

Una vez tanto llegaron á penetrar las uñas de aquellas patas en la parte mas carnosa de mi individuo, que dí un brinco, del cual fuí á parar fuera de mi celda. La curiosidad me dió valor, y con el auxilio de un hierro forcé la segunda tapa del tonel, y ví... ¿á que no lo adivinan VV.?... un grandísimo mono que despues de saludarme con unas muecas horribles, se puso á dar vueltas y saltos, trepando por la escalera que servia para subir al puente.

## VI.

### **Un antiguo camarada. — El fin santifica los medios.**

Aquella aparicion me causó tal susto, que me quedé petrificado, hasta que oí sobre mi cabeza un ruido espantoso, y luego gritos que decian: «el mono! el mono!»

Comprendí que acababa de cometer una torpeza de marca mayor, y presuroso me encerré en mi caja, de la cual nunca debí haber salido.

A poco bajó á la bodega la mayor parte de la tripulacion, llevando á su cabeza al capitan del *Vigilante*; todo para conducir al mono á su prision.

El capitan estaba furioso, y echaba unas maldiciones que me hicieron temblar.

«Bruto!... ¿dónde está ese demonio? que venga aquí... yo le enseñaré su obligacion... Maldito de todos los diablos, ¿acabarás de bajar?»

Todo esto iba dirigido al pobre grumete, el cual no tardó en bajar con las orejas caidas, medio dormido y sin poder adivinar el motivo de tanto furor contra él.

—Tunante, exclamó, tirándole de una oreja; vas á llevar treinta chicotazos!

—Pero, Señor...

—¿Qué es lo que dices?... ahora han de ser cuarenta...! Ya lo habeis oido; aquí mismo!»

Aumentando la dosis de chicotazos impidió el capitán que el grumete se explicase, de suerte que el infeliz no se atrevió á abrir la boca temiendo oír el número cincuenta.

Dos marineros cogieron al grumete, le desnudaron y le pusieron boca abajo en una escotilla. Pronunciada la sentencia, iba á tener lugar la ejecucion; pero la resignacion del paciente, su inocencia, que solo yo conocia, la injusticia con que sin oírle le habian condenado por un hecho, del cual yo era el único responsable, todo esto me indujo á abrazar la resolucion siguiente.

De pronto salí de mi tonel, y arrojándome á los pies de los que iban á hacer de verdugos, les dije:

«Deténganse VV., pues no es él quien ha soltado al mono sino yo.»

El grumete alzó la cabeza, se puso en pié, y me lanzó una mirada como de sorpresa. Yo le examiné á mi vez lleno de asombro y alegría...

—Bonifacio!

—Tomás!

—¿Eres tú?

—Es posible!

Y nos dimos un abrazo en medio de la estupefaccion del auditorio.

—Sí, era Tomás, Tomás, mi amigo de infancia, el cómplice mas fiel de mis antiguas travesuras!

El capitán y toda la tripulacion, presentes á aquella escena de reconocimiento y efusion, no sabian qué pensar de la aventura. ¿Quién era yo? ¿de dónde salia? ¿cómo me hallaba á bordo del *Vigilante*?

En un corto relato, en el cual traté de inspirar todo el interés posible, expliqué al capitán con los de-



talles mas minuciosos la causa de hallarme en aquel buque.

El capitan se sonrió, señal evidente de que habia logrado desarmarle: los de la tripulacion me llamaron buen compañero, y Tomás fué objeto de una ovacion, como para demostrarle se habian convencido de su no culpabilidad.

Ataron al mono con una cadena, y yo me tenia por mas dichoso que un príncipe por haber logrado mi intento!

## VII.

### Tomás y yo. — Por no saber leer.

El encuentro de Tomás á bordo de aquel buque y en un caso tan crítico, sobre todo para él, me habia sorprendido en tal manera, que apenas nos metimos en el camarote, le insté á que me orientase de todo.

Entonces me manifestó que luego que partió Píldes, Orestes no pudo permanecer por mas tiempo solo en el pueblo, donde por otra parte no podia vivir contento, por impedírselo su carácter bullicioso é inconstantes caprichos.

Viendo esto su padre, creyó seria conveniente favorecer su inclinacion, y le confió á un amigo suyo, que habia sido marinero desde niño, y con el cual habia hecho un viaje de travesía.

En la actualidad era gromete, ó muchacho de cámara del *Vigilante*.

A mí me dieron el mismo destino, y compartiendo él su hamaca conmigo, yo le ayudaba en los trabajos de abordó, fregaba los platos, servia á la mesa, y tomaba parte en la maniobra ni mas ni menos que él.

El capitan, á quien gusté desde luego por mi natural despejo y mi rara fisonomía, dejó á mi cargo esclusivamente el servicio de su cámara, deferencia que me honraba no poco viniendo de parte de un hombre que tanto podia abordó, y á quien hubiera sido fácil elevarme hasta hacerme superior á toda la tripulacion.

á no impedírmelo mi ignorancia ; pero ahora y siempre seguí haciendo tonterías.

Así es que cuando el capitán me mandaba llevarse el *Manual de Longitudes*, ponía en sus manos el *Arte de cocina*, y otras veces la *Historia de Bertoldo* en lugar de la de *España por el P. Mariana*. ; equivocaciones que me valian sendos puntapiés y tirones de orejas.

Y me ví obligado á permanecer en la clase mas ínfima que hay á bordo de un buque ; á saber , la de mozo de cocina.

### VIII.

#### El Vigilante.— Un mal encuentro.

Hacia un mes que navegábamos sin interrupción ; el *Vigilante* hendía las ondas magestuosamente , y lo favorable del viento , la tranquilidad del mar y la serenidad del cielo , todo nos anunciaba un viaje feliz . Era de ver la satisfacción con que la gente del buque se frotaba las manos en señal de regocijo ; como que decían que no había ejemplo de un viaje tan próspero ; mas ; ay de mí ! aun no habíamos llegado al puerto.

A los treinta y dos dias de navegacion , y á eso de la madrugada , última hora de descanso para todo el personal del buque , escepto los que estaban de guardia , un grito extraño que salió de la cruceta donde se hallaba el vigía , fué á alarmar á los alegres marineros del *Vigilante*. En menos de un minuto todos se encontraron sobre cubierta , no siendo el último el capitán.

— ¿ Qué hay ?... ¿ qué dices , Palau ? ( Así se llamaba el marinero que estaba de vigía ).

— Una vela se dirige hácia nosotros.

— Una vela !

— Sí , y es un pirata , ó no he visto ninguno en mi vida.

— Tomás , tráeme el antejo.

Tomás no dejaba que le repitiesen dos veces las cosas , porque el capitán no solia reiterar sus mandatos sino con el auxilio de una gimnástica que no era muy bueno provocar.



Pronto llegó el antejojo, y el capitán no tardó en convencerse de la exactitud de lo que había dicho el marinero Palau. Un pirata se dirigía hacia nosotros con todas las velas cargadas.

Un pirata! es decir, un buque tripulado por hombres que se ocupan en robar á los navegantes por medio del crimen y la violencia; una caverna de ladrones flotante, un nido de corsarios, de *tomaos* (1) del mar, de bandidos náuticos en fin.

Esta explicación que me hicieron de un nombre que no había comprendido, me aterró en gran manera; pero al ver que los marineros no se habían asustado mucho, iba á deponer mi espanto, quizá mal fundado, cuando oí decir al capitán:

—No podemos evitar su encuentro; viene con todo el aparejo, y antes de una hora estará sobre nosotros.

—Y bien!... dijeron los marineros con aire decidido.

—Y bien, amigos míos, es preciso defendernos.

—Hasta morir! repusieron todos.

Hasta la muerte.... es decir, que iban á batirse, á matarse.... Esta idea me hizo temblar de pies á cabeza.

El capitán dió sus órdenes para recibir dignamente á los piratas, y todas cuantas armas había, cañones, fusiles y pistolas, en el arsenal de nuestro bergantín, fueron conducidas al puente... Prepararon también los dos barriles de pólvora que contenía la Santa Bárbara, y á poco se hallaba el *Vigilante* bajo un pié de guerra, cuyo aspecto era formidable.

Yo ayudaba á los demás, y mi compañero de infancia, Tomás, que no las tenía todas consigo, me hablaba largo y tendido de su miedo. Yo no decía una palabra, pero temblaba como un azogado, y al ver todos aquellos preparativos para una carnicería humana, crecía de tal suerte mi terror, que continuamente iba á visitar el sitio más apartado del bergantín. Era muy digno de escusa, pues jamás había visto el fuego, ni oído silbar una bala.

(Se continuará.)

(1) En Caló.

## LOS DOCE APOSTOLES.

## Leyenda.

Hace mucho tiempo, trescientos años antes del nacimiento del Señor, vivía en Judea una virtuosa madre de familia, que tenía doce hijos; pero era tan pobre, tan pobre, que no sabía como mantener á tantos niños. Sin embargo, el único favor que pedía á Dios todos los días en sus oraciones, era que les concediese la gracia de vivir sobre la tierra al mismo tiempo que el Salvador.

Mas tarde, como se aumentase mas y mas la miseria de aquella infeliz, se vió obligada á abandonar sus chicuelos para que ganasen su vida por el mundo, siendo el primero que se puso en camino Pedro, el hijo mayor. Habría andado una jornada, cuando entró en un bosque espeso, y viéndose solo en aquel paraje sombrío, tuvo miedo, y buscó una salida por todas partes; pero no pudo encontrarla, y solo consiguió estraviarse mas y mas. A poco sintió tal hambre, que apenas tenía fuerzas para permanecer en pié, hasta que cansado completamente se dejó caer bajo un árbol, y allí se tendió, creyéndose ya entre los brazos de la muerte.

De repente se presentó á su lado un mancebo de extraordinaria belleza, y dió una palmada para que el pobre Pedro alzase la cabeza y le mirase.

—¿Por qué estás tan alligido? le dijo con acento dulce y compasivo.

—Ay! respondió Pedro, voy á recorrer el mundo á fin de ganar mi vida con mi trabajo, y lograr ver por este medio al Salvador que han prometido á los hombres.

—Ven conmigo, prosiguió el hermoso niño, y se realizarán tus deseos.



Y cogió á Pedro de la mano , conduciéndole á una caverna.

Al entrar en aquella gruta, Pedro quedó deslumbrado al ver tanto oro, plata y cristal como brillaba por todas partes: en medio divisó doce cunas de oro macizo , y entonces le dijo el ángel:

«Acuéstate en la primera cuna, y duerme un poco, que yo te meceré.»

Pedro obedeció, el ángel se puso á cantar con voz dulcísima , y le meció hasta que estuvo medio dormido. Cuando empezaba á dormirse, llegó el hermano que le seguía en edad, á quien su ángel protector había conducido también á la gruta, durmiéndolo del mismo modo. Y así fueron llegando todos los hermanos, ocupando las cunas de oro, donde se quedaron dormidos, mecidos por los ángeles.

Su sueño duró trescientos años, hasta la noche en que nació el Salvador: entonces despertaron al mismo tiempo que el niño divino venia al mundo , y despues viajaron con él por el orbe, no siendo otros que los doce apóstoles.



## HISTORIA NATURAL.

### El pato.

El pato es un ave acuática, muy común en España, que recorre las orillas de los ríos y estanques, y que vive cerca de las chozas mas miserables de nuestros campos, con tal que haya en ellas una laguna ó algun arroyo. El pato es tan pesado como todas las demás aves acuáticas, volando con dificultad, por lo cual regularmente permanece en las aguas, siendo muy aficionado al junco y al cieno, donde busca los insectos y gusanos con que se mantiene, y rara vez se separa de la orilla.

Los patos domésticos han salido de los huevos de los patos silvestres, y se parecen á estos: sin embargo, hay muchas especies de patos, algunas de las cuales se diferencian mucho de la comun, sobre todo en el color del plumaje. En la última especie, unas veces es pardo el plumaje, otras medio blanco y medio negro, y algunas veces enteramente blanco, variando hasta lo infinito; al paso que en las demás especies son muy raras las variaciones.

El pato doméstico es algo mayor que una gallina, y está cubierto de un plumaje liso y grueso: tiene las patas cortas, los pies empalmados, es decir, que los dedos estan reunidos por medio de una ancha membrana, que les sirve para dirigirse sobre el agua; el pico largo, con dientes en los extremos para sujetar fácilmente á los insectos que son resbaladizos. Anda con lentitud y pausadamente, y su grito es ronco y monótono.

La hembra del pato ó ánade, pone de una vez doce y mas huevos, pareciéndose á los de la gallina en forma y tamaño: su color es de un blanco sucio, teñido de verde ó azul. La torpeza del pato es proverbial, tan proverbial como la del ánsar ó gauso.